

# JOSE ANTONIO PRIMO DE RIVERA\*

Ramón Serrano Suñer

*José Antonio Primo de Rivera es tal vez uno de los personajes que destaca con mayor claridad en los turbulentos años de la República española y la subsiguiente guerra civil, aunque los verdaderos contornos de su personalidad se han visto difuminados por el mito tejido en torno de él. La temprana muerte de José Antonio Primo de Rivera, llamado simplemente José Antonio, frustró la expectativa que había despertado la trayectoria de este joven idealista y de pensamiento brillante que introdujo en la política española, enturbiada por el caos y las intrigas, una nueva actitud, dispuesta siempre al sacrificio y a la búsqueda de empresas grandes.*

*Ramón Serrano Suñer, protagonista destacado de la historia española, amigo personal de José Antonio y testigo privilegiado de su devenir truncado por la barbarie de la guerra civil, nos ofrece una semblanza del fundador de la Falange española. El autor realiza en estas páginas un sentido homenaje a quien fuera un hombre noble, generoso y leal, que antepuso a las consideraciones urgentes de la disputa política la fidelidad a los valores superiores y el respeto a la dignidad del hombre.*

A pesar de la triste soledad en que me ha dejado el fallecimiento de mi esposa, de los avatares y dolencias sufridos por una grave operación quirúrgica y, por añadidura, el sentimiento amargo de ver cómo va desmembrándose nuestra Patria, he acudido a la amable invitación que la organización de esta noble Universidad me ha hecho por cuarta vez consecutiva.

Precisamente por el honor que supone venir aquí a participar en estos cursos, no he podido evitar caer en la tentación de declinar esta honrosa invitación; y haciendo de verdad un esfuerzo, estoy aquí, contento entre profesores y alumnos para seguir hablando sobre acontecimientos y personas que han sido importantes en la historia de España.

Por todo ello me encomiendo a la benevolencia de todos al escucharme.

\* Conferencia dictada en la Universidad Complutense de Madrid. Agradecemos al doctor Carlos Cárdenas Quiros por cedernos este artículo para su publicación.

Hoy vuelvo a estar con vosotros, a comparecer en el ágora escurialense -como en los tres años anteriores- para hablar de alguien muy importante -y que pudo serlo más, en la vida de España-; de una persona cuyo mito enterró su verdadera personalidad humana y su auténtico significado político.

Debo empezar manifestando dos emociones que siento en este momento: la primera, por hablar de José Antonio precisamente en la Universidad, su musa más feliz, el Alma Mater de donde salió su compromiso político y en donde se fraguó su vocación de abogado.

No puedo dejar que se extienda mi emoción al mencionar la que sentí, el año pasado, cuando el eminente organizador de estos cursos universitarios, me pidió que en esta mi cuarta comparecencia, desarrollara el tema que hoy traigo aquí; porque me resultaba sorprendente que en este mundo, donde hoy todo es publicidad, tantas veces engañosa, con abundancia de noticias escandalosas y bajo juego político, alguien se interesara por la singular figura de José Antonio. Y el interés ha tenido que partir, precisamente, del ambiente de la Universidad; de sus ansias por saber las cosas de verdad, lo auténtico. Fue este afán por conocer la verdadera trascendencia de aquél joven idealista a quien el mismo Unamuno, desde su peculiar exigencia crítica y con su lucidez habitual calificó como el único joven interesante del Movimiento del 18 de julio. En sus últimos días, el viejo, entrañable y discutido profesor había mostrado su preocupación por la suerte del fundador de la Falange: "Le he seguido con atención y puedo asegurar que se trata de un cerebro privilegiado. Tal vez el más prometedor de Europa".

Me hago cargo de la gran responsabilidad que se contrae al venir aquí a ocuparme de desvelar la verdadera personalidad humana y política de José Antonio después de que sobre ella se ha mitificado tanto y aun podría decir petrificado.

De José Antonio en sus primeros pasos en la vida política e intelectual de la Universidad, después de dictar una conferencia en el gran salón de actos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, con una gran asistencia de público, del que recuerdo especialmente al gran escritor Azorín y al eminente doctor Marañón, escribí un librito que guardo en mi biblioteca en el lugar destinado a los grandes libros. José Antonio era entonces casi un adolescente, y aun lo parecía más por su aspecto un poco tímido, por su pudor irónico, por su relativo desaliño de entonces y por una cierta ingenuidad con la que se asomaba por primera vez a la vida intelectual. Se incorporó

como alumno oficial a mi misma promoción universitaria, pero con un año de retraso por haberse dedicado anteriormente a estudiar matemáticas con el propósito de hacerse ingeniero de caminos, como su padre deseaba, carrera que sin embargo pronto le pareció demasiado complicada, larga y cara.

En aquel ambiente liberal de nuestra Universidad -no exento de prejuicios- la condición de hijo del Capitán General don Miguel Primo de Rivera, ya muy próxima la Dictadura, hacía a José Antonio sospechoso.

Un día, cuando salíamos de la clase de Derecho Civil, cuyo magisterio desempeñaba el inolvidable catedrático don Felipe Clemente de Diego, me preguntó José Antonio en qué textos y trabajos había apoyado yo la lección que allí acababa de explicar, y yo le hablé ampliamente de los libros que diariamente utilizaba y consultaba en la biblioteca del Ateneo, al que inmediatamente se incorporó. Quiero recordar que el Ateneo, aparte del gran valor de su biblioteca, tenía entonces mucho atractivo desde el punto de vista político por las discusiones sobre los temas de la política del país que eran allí muy frecuentes y estridentes (era algo así como un doble del Parlamento oficial), especialmente en una famosa tertulia, "La Cacharrería", donde reinaba con parsimonia de baja oriental el secretario, don Manuel Azaña.

Pues bien, aquel joven José Antonio fue muy pronto un universitario auténtico, con una personalidad original y extraordinaria. Desde entonces (curso 1919-20), por las mañanas nos sentábamos juntos en la misma aula de la Universidad Central, y por la tarde en la biblioteca del Ateneo, pasando de largo por "La Cacharrería", y diré con la autenticidad que estas circunstancias me conceden, y sin afectación, que José Antonio era entonces un hombre generoso y leal. Estimaba todo lo que en realidad era estimable y si de un amigo se trataba su estimación no conocía -dentro de su rectitud al valorar y juzgar- retrimientos ni reservas. Cortés, delicado, inteligente y comprensivo, no pasaba por movimiento mal hecho y decía las verdades al lucero del alba; estaba legitimado para tanta exigencia porque lo que exigía de los demás empezaba por exigírselo a sí mismo. No soportaba lo vulgar ni lo inauténtico, y sobre todo le ponían fuera de sí las personas pretenciosas que en realidad, a su juicio, no pasaban de "aproximativas". Era sincero, y por serlo, implacable con toda suerte de duplicidades y mentiras. Tenía un sentimiento religioso, verdadero y humano, y se sabía un pobre pecador que no toleraba a los aludidos entonces por el insigne Cardenal Ottaviani, que se servían, o se sirven, del catolicismo y lo

utilizaban para sus asuntos económicos y conveniencias políticas, "*et sic de quam plurimis*".

Pronto logró José Antonio entonar en el ambiente y en algún caso con éxito rotundo sobre problemas universitarios, y su pasión por la Universidad fue la más genuina de su vida, y por ello siempre sería su musa más feliz.

Conciente de su inteligencia y de su progreso formativo, le parecieron excesivos los elogios que un grupo de universitarios le hiciera, y él con impertinencia inevitable exclamó: "¿pero tan mal lo habré hecho para merecer tantas adhesiones?" Sin duda se acordaba de aquel orador griego que cuando era aplaudido por la multitud decía "alguna estupidez ha salido de mi boca".

En las muchas disputas y luchas internas durante la guerra civil se usó y abusó del estilo de la Falange, incluso por personas que carecían de toda cultura, cuando llegaron a convertir en cosa ridícula algo tan importante, serio y necesario, como será siempre, en todo, el estilo. Precisamente por el estilo tenía José Antonio verdadera obsesión, y dijo en aquella ocasión: "nos impusimos como el más estricto deber el de conservar siempre, aun en las manifestaciones más ásperas de la lucha, dos cosas, que casi son una sola: el rigor intelectual y el estilo". Y en aquella pasión y en la ligereza con que tantas veces de uno y otro lado se incurría, cuando una vez un joven falangista se quejó de que el periódico "FE" no fuera bastante duro, José Antonio inmediatamente se dirigió a él con estas palabras: "Camarada estudiante, revuélvete contra nosotros si ves que un día descuidamos el rigor de nuestro estilo; vela tú porque no se oscurezca en las páginas de nuestro periódico la claridad de las ideas y los contornos mentales". (No puede negarse que José Antonio era orgulloso, no tanto por temperamento, sino de un modo consciente y fundamentado; pero él se defendía, se vigilaba cuidadosamente para no caer en el mayor pecado del hombre que es la soberbia.)

Con su exigencia fundada en la razón y en la cultura tanto como con su pudor y su timidez, pero también con su temperamento de intelectual, hay que relacionar una de las notas más acusadas en el carácter de José Antonio patente ya en aquellos años de su formación: la ironía.

José Antonio continuaba con su preocupación por la Falange y el deber que en ella se tenía de elevar la formación y la cultura del pueblo español, manteniendo todos en ese clima general la necesidad de mejorar la sociedad y construir el Estado con toda firmeza y pulcritud. José Antonio mantuvo dicha

preocupación en la etapa política de su padre, de quien, después de frases de cariño y justificación política ante las circunstancias, recordó la falta de "elegancia dialéctica" en sus palabras. Firme en sus convicciones, él quería para sí y sus colaboradores la mayor pulcritud frente a otros regímenes políticos diferentes y a sus seguidores siempre con la preocupación de conseguir la mejor formación política del país. Tenía el deseo de lograr la mejor forma o por lo menos las mejores maneras en los políticos al tratar con los de otras tendencias. De modo que frente a las diferencias que se produjeran en el Parlamento entre personas y grupos de distinta ideología y formación política soñaba en que de esta manera tendríamos siempre a España.

Un diputado radical socialista -advenida ya la República- intervino en un debate sobre la política económica de la Dictadura que aprovechó como oportunidad para atacar, en términos ofensivos, la personalidad y la rectitud de intención que en todo caso tuvo el Dictador, General Primo de Rivera. José Antonio se puso en pie, no pudo soportar aquellas afrentas, y con gran dignidad y energía dijo estas palabras: "Mi padre era un hombre de nuestro tiempo que llegó al poder con la misma exuberancia de espíritu, con la misma salud, con el mismo valor y la misma sugestión de las multitudes, como si fuera un gran Capitán del Renacimiento; pues aquel hombre, mi Padre, que pudo resistir en el servicio de España, extenuándose durante seis años seguidos de tiempo, no pudo soportar seis semanas de afrentas, y un día en París, con los periódicos de España en la mano, dobló la cabeza y nos dejó para siempre".

El pensamiento sugestivo de José Antonio demuestra la actualidad de su doctrina proyectándose más allá de las fronteras de España. Con este motivo quiero mencionar un trabajo del profesor de la Pontificia Universidad Católica de Lima, Carlos Cárdenas Quirós, que se refiere a la concepción de José Antonio sobre la persona humana y la necesidad del fortalecimiento del Estado para proteger eficazmente la libertad y la dignidad de la persona.

Cita un ensayo muy importante publicado en la Revista "JONS" (No. 16 de abril de 1934), donde José Antonio formula una distinción absolutamente exacta entre individuo y persona: "El Derecho necesita, como presupuesto de existencia, la pluralidad orgánica de los individuos. El único habitante de una isla no es titular de ningún derecho ni sujeto de ninguna jurídica obligación. Su actividad sólo estará limitada por el alcance de sus propias fuerzas. Cuanto más, si acaso, por el sentido moral de que disponga. Pero en cuanto al derecho, no es ni siquiera imaginable en situación así. El Derecho envuelve

siempre la facultad de exigir algo; sólo hay derecho frente a un deber correlativo; toda cuestión de derecho no es sino una cuestión de límites entre las actividades de dos o varios sujetos. Por eso, el Derecho presupone la convivencia; esto es, un sistema de normas condicionantes de la actividad vital de los individuos”.

“De ahí que el individuo, pura y simplemente, no sea el sujeto de las relaciones jurídicas, el individuo no es sino el *substratum* físico, biológico, con que el Derecho se encuentra para montar un sistema de relaciones reguladas. La verdadera unidad jurídica es la persona, esto es, el individuo, considerado, no en su calidad vital, sino como portador activo o pasivo de las relaciones sociales que el Derecho regula; como capaz de exigir, de ser compelido, de atacar y de transgredir”. Y agrega José Antonio: “La persona no lo es tanto rubia o morena, alta o baja, dotada de esta lengua o de la otra, sino en cuanto portadora de tales o cuales relaciones sociales reguladas. No se es persona sino en cuanto se es otro; es decir: uno frente a los otros, posible acreedor o deudor respecto de otros, titular de posiciones que no son las de los otros. La personalidad, pues, no se determina desde dentro, por ser agregado de células, sino desde fuera, por ser portador de relaciones”.

Con esto José Antonio afirma una posición personalista, humanista, que concibe a la persona como centro y fin de las relaciones jurídicas, reconociendo su condición como ser ontológicamente libre y destacando en particular su calidad de ser social, que inevitablemente ha de realizarse comunitariamente, en coexistencia con otros hombres.

Resulta pues, que con el propósito de que la persona pueda realizarse sin encontrar obstáculo para el libre desenvolvimiento de su personalidad, de acuerdo con su proyecto vital, debe brindársele la tutela más amplia de sus derechos, tributarse “el máximo respecto a la dignidad humana, a la integridad del hombre y a su libertad”, como se expresa en los puntos iniciales de Falange Española. José Antonio se planteaba el problema de hacer compatible el máximo respeto al hombre, con la necesidad de que el Estado supere el carácter de mero gendarme que tenía en la concepción liberal, para que así el respeto a la persona humana fuera real y efectivo, no meramente verbalista como venía ocurriendo.

En este sentido José Antonio descartaba la absorción de la persona por el Estado. Por el contrario, proponía que “toda la organización liberal, la revolución nueva, todo el fortalecimiento del Estado y toda la reorganización económica, fueran encami-

nadas a que se incorporen al disfrute de las ventajas esas masas enormes desarraigadas por la economía liberal y por el conato comunista”.

José Antonio propugnaba, pues, fortalecer al Estado, pero no en beneficio de éste, sino para que fuera real o más real la protección de la libertad de la persona y de su dignidad. Aspiraba pues, a que el Estado fuera más fuerte, pero sin ser tiránico, “porque sólo empleará su fortaleza para el bien y la felicidad de sus súbditos”, para “hacer más felices, más humanos, más participantes en la vida humana a un número mayor de hombres”. Así desarrolló este tema en una importante conferencia que pronunció (que yo tuve el gusto de oír en el Círculo Mercantil de Madrid, el 9 de abril de 1935) con el título “Ante una encrucijada en la historia política y económica del mundo”.

La tesis de José Antonio era que el hombre hoy sólo puede ser libre si el Estado lo defiende, pero hay que tener cuidado de que éste, el Estado, no sea tan poderoso que a pretexto de tutelarle lo que en realidad resulte es que lo aplaste.

José Antonio rechaza, por tanto, la idea del panteísmo estatal, de la estatolatría, del totalitarismo, proclamando por el contrario la primacía del ser humano como conjunto de un cuerpo y un alma, “portador de una misión, unidad cumplidora de un destino”. Y creyó en ello, hizo de su vida testimonio de esa convicción y murió gloriosamente por ella. Y pensó que la semilla de ese ideal habría de fructificar, cumpliéndose así lo que él ya había anticipado en el discurso que pronunció en Carpio de Tajo (Toledo) el 25 de febrero de 1934: “De muchos sitios nos atacan, cinco de los nuestros han caído ya, muertos a traición; acaso nos aguarde a algunos la misma suerte. ¡No importa! La vida, no vale la pena si no es para quemarla en el servicio de una empresa grande. Si morimos-dijo allí- y nos sepultan en esta tierra madre de España, ya queda en vosotros la semilla, y pronto nuestros huesos resecaos se sacudirán de alegría y harán nacer flores sobre nuestras tumbas, cuando el paso resuelto de nuestras Falanges nutridas nos traiga el buen anuncio de que otra vez tenemos a España”.

Cuando José Antonio y sus colaboradores querían la mayor pulcritud frente a todo ambiente político para la mejor formación política del país, así las cosas, el día 14 de abril de 1931 llegó la República, y con ella el pánico y la lucha entre una y otra parte de las masas destruyendo la unidad del pueblo español. José Antonio pensó en la esterilidad del régimen anterior. Sospechando de la brutalidad con que se conduciría una parte del pueblo, pensa-

ba en una nueva desgracia para el país y a la vez en la permanente crisis política que sufrió España y que fue tan larga que prácticamente se extendió a todos los años del reinado de Alfonso XIII: Gobierno de Romanones, su caída a los pocos meses, largo período de consultas, algunas tan inútiles como extravagantes; luego García Prieto unos meses en el Poder, su caída, consultas... y así sucesivamente sin más excepción que la del gran Canalejas pronto asesinado por un anarquista francés perteneciente, al parecer, a un grupo de anarquistas franceses apoyados por quienes no interesaba la regeneración y grandeza de España, sino que siguiera ésta en su inferioridad en relación con otros pueblos de Occidente.

Ante esta situación habló de la alegría del 14 de abril, pensando que se podía abrir un camino distinto, que era oportunidad para empezar de nuevo la obra de educación del país, elevando su cultura y sus sentimientos colectivos.

Pero la realidad era que ante las brutalidades que con ocasión de la República se produjeron, alguien por parte de la derecha, y sobre todo por lo más fuerte y coherente de ella que era el Ejército, consideró la posibilidad de una intervención de éste. Después de las primeras conversaciones (como luego en el golpe de 1936), pensó que no vendría éste con el propósito de un gobierno de razón con la justicia y la libertad, sino que se aprovecharía otra vez del espíritu banderizo de los españoles, se entregaría el poder a la derecha perdiéndose nuevamente la ocasión de elevar los sentimientos colectivos del pueblo y depurarlos para llegar a su unidad.

Una democracia honrada, decía José Antonio, "recientemente administrada, hacendosa y ordenada, la hubiéramos aceptado todos con gusto". Pero esa libertad con la justicia no se podía lograr nunca más que en un Estado.

En esta situación, "contra la obra ingente de seis años -orden, paz, riqueza, trabajo, cultura, dignidad, alegría-, las fórmulas apolilladas de antaño, las menudas retóricas de antaño, las mismas sutilezas de leguleyo que ni el Derecho sabe", decía José Antonio en artículo publicado el 16 de marzo de 1931, en "ABC".

La Dictadura cayó en el año 1929. José Antonio en su artículo dice que "todo bulle como una gusanera, como si no hubiera pasado nada. Los mismos hombres, las mismas palabras vacías, los mismos espavientos". Dice después: "Aquí están los políticos a quienes nadie desconoce. Gobernaron docenas de veces. Casi ninguno sirvió para nada".

Aquí están, repite, los ridículos intelectuales hinchidos de pedantería, etc. etc. ¿Cómo van a entender -al través de sus gafas de miopes- el atisbo aislado de la luz divina? Lo que no cabe en sus estrechas cabezas creen que no puede existir ¡Y encima se ríen con aire de superioridad! Aquí están todos, decía. Abigarrados, mezquinos, chillones, engolados en su mísera pequeñez. Todos hablan a un tiempo. No se hizo nada. Se malgastaron los caudales públicos. Las victorias militares acaecieron bajo el mando de aquel caudillo como pudo acaecer otra cosa. Los enanos han podido más que el gigante. Se le enredaron a los pies y lo echaron a tierra. Y luego dice: ¿quién se acordará de estos enanos dentro de cien años, mientras la figura de su padre, sencilla y fuerte como su espíritu se alzaría sobre las centurias, grande, serena, luminosa de gloria y de martirio.

Luego, en el Parlamento, el 6 de junio de 1934 pronuncia su discurso acerca del "Juicio sobre la Dictadura y necesidad de la Revolución Nacional". Advierte ante los diputados que él quiere que se trate en el Parlamento a la Dictadura como fenómeno histórico y político. No va a hablar allí para cumplir con un deber de su piedad filial, sino a intervenir en el debate que se estaba produciendo en el Parlamento con la crítica de la obra económica de la Dictadura; en cuyo terreno replica a un ministro de la República que había sostenido que la Dictadura hubiera sido legalmente justificable si hubiera reunido los requisitos a que se refería en su intervención el Ministro de Hacienda. Y José Antonio decía que ningún hecho revolucionario, ni la Dictadura, ni la República, se justifican, ni se han justificado nunca con arreglo al orden jurídico que anteriormente estaba establecido, porque una de las cosas que no están incluidas en las facultades de los órdenes políticos es la facultad de testar. Añade que "la República española no nació de las elecciones municipales del 12 de abril y en la Constitución del 76, entonces vigente, no se decía para nada que cuando un partido republicano o varios partidos republicanos ganasen una elección municipal, esto les autorizaría para implantar una República. Por eso, cuando el Comité Revolucionario se adueñó del Poder, los señores que formaban el Comité Revolucionario signaron su decreto de 15 de abril no a título de concejales electos, sino a título de miembros del Comité Revolucionario. Esto es lo que ha ocurrido siempre cuando se subvierte un orden constitucional. Así, todo hecho histórico, todo régimen que se impone por un hecho revolucionario frente a una situación anterior establecida".

Ningún régimen revolucionario puede nunca defender su legitimidad con arreglo a la legislación del

régimen anterior: Ningún régimen revolucionario, decía, se justifica nunca con arreglo a la legislación anterior ni tiene en ella su partida de nacimiento. La Dictadura rompió el orden constitucional que regía en su advenimiento, fue un proceso revolucionario y se encarnó en aquel general Primo de Rivera, -que no era cualquiera-. La gran personalidad de don José Ortega y Gasset, que fue uno de sus adversarios más constantes, con su gran estatura dijo de él que tenía el alma cálida, el espíritu centrado y una cabeza clarísima.

Al general Primo de Rivera, dice José Antonio, no lo entendieron los que le querían y no lo quisieron los que podían haberle entendido. Es decir que si los intelectuales que desde hace mucho tiempo estaban apeteciendo la transformación revolucionaria de España -desde abajo o desde arriba- le hubieran entendido, la revolución se hubiera podido hacer; aquéllos no le entendieron, y en cambio le quisieron todos los que, por una razón o por otra, no tenían el menor deseo de hacer una revolución.

A su juicio la Revolución que tenía que haber hecho la Dictadura era ésta: España desde hace mucho tiempo lleva una vida oprimida entre dos cosas que todavía no ha conseguido romper; por arriba la falta de toda ambición histórica, de todo interés histórico, y por abajo la falta de una profunda justicia social. La falta de interés histórico que nos ligue a todos en el esfuerzo por una misma causa. Y por abajo la falta de justicia social porque nuestra vida agraria es en ocasiones inhumana e indefendible, a causa de una mala distribución de la propiedad territorial con un retraso inconcebible de las obras de riego. Y se refiere a situaciones conocidas por él. España, decía allí José Antonio, tiene todavía pendiente su revolución nacional y si falló la Dictadura, no fue porque amparase ningún negocio deshonesto que todos los de entonces saben que no los amparó (a diferencia de las inmoralidades que en nuestro tiempo hemos sabido con qué facilidad se han producido en la esfera oficial), sino que fracasó porque no supo realizar su obra revolucionaria.

Se necesita que los Gobiernos no entiendan por revolucionario el rencor y que por otro lado, para realizar esa política de justicia social, no vuelvan en su actividad a su interés de clase, desligados de la misión nacional que hay que cumplir y evitar que el partido socialista alejándose de todo sentido nacional español patriótico no se empeñe en ariscarse en una interpretación marxista, antinacional, sin emoción española, sino que su política contribuya a agruparnos en torno al interés de España una vez más para hacer juntos una obra española y social

profunda, con una Administración Pública como casi siempre fue anteriormente: seria, laboriosa, que no sea refugio y motivo de enchufe partidista.

Para terminar repitamos que él hablaba de una democracia honrada, rectamente administrada, hacendosa y ordenada para defender las necesidades del Estado, y dentro del Estado, sólidamente establecidas las bases para la Justicia y la Libertad. Y añadía: lo que nunca quisiéramos, sin más, es un Estado sin pueblo, sino que hemos de quererlo para la mejor obra de educación del país en sus sentimientos colectivos.

Como ya he dicho, José Antonio ante las dificultades, incomprendiones y atropellos que contra él y su gente se cometían a pesar de todo lo que se intentaba hacer para la mejor formación política del país, en esa dura, constante lucha, tenía algunos momentos de desánimo por la falta de sensibilidad política y de comprensión humana de aquellos Gobiernos y si no fuera porque ya había muertos por la causa, él se hubiera retirado de esta lucha y lo hubiera dejado todo; pero pronto reaccionaba con su sentido del deber y a veces empujado también por el sentido del humor, y así sentados un día enfrente de una pequeña mesa donde estaba Gil Robles con sus gregarios, me decía: "Oye Ramón, ¿por qué no nos acercamos ahora a los del "Jefe, Jefe" para que se dé de baja de Acción Popular?"

José Antonio tuvo siempre por su padre y por sus tías, hermanas de su madre, que falleció cuando José Antonio y sus hermanos eran pequeños, un gran amor, respeto y admiración. Hay que destacar que cuando José Antonio está absolutamente dedicado a proyectar el nuevo régimen político para España, aparte de la constante relación que tuvo con su hermana Pilar, tuvo ternura y gran estimación por su hermano menor, Fernando, quien siguiendo la tradición de la familia se preparó para ingresar en el ejército español, y consiguió muy pronto ingresar en la Academia de Caballería, pero que pronto ante la injusticia y aún la brutalidad con que algunas gentes se dedicaban a ofender, más bien que a estudiar críticamente la obra política de su padre, Fernando no pudo seguir en aquel ambiente y renunció a la carrera militar donde había ganado un puesto por su buen trabajo. Entonces se dedicó a estudiar medicina, por cierto con gran aprovechamiento, y al terminarla se puso al habla con el doctor Marañón para colaborar con él, que por cierto quedó muy contento del trabajo inteligente y de la asiduidad con que venía realizando sus labores de colaboración. Marañón así lo proclamó siempre, haciendo un recuerdo de gran simpatía y estimación.

Convocadas en 1931 elecciones para Cortes Constituyentes, se apoderó el pánico ante la actitud de la República y nadie entre los viejos, ni entre los jóvenes políticos, quería saber nada de ser candidatos para aquellas elecciones, cuando antes todos luchaban entre sí para conseguir serlo.

Yo mismo conocí muy personalmente aquella situación de pánico cuando las llamadas "fuerzas vivas", expresión que era entonces muy corriente y que ahora casi no se emplea, vinieron a verme a mi casa y me hablaron de que esperaban contar conmigo para acudir a la lucha en aquellas elecciones. Y me hicieron la consideración de que era necesario ir a la lucha, pero que ahora era indispensable hacerlo con gente nueva y que habían pensado para ello en mí como candidato. Rápidamente les manifesté que de ninguna manera podía aceptar el puesto para el que se me requería, y que por el contrario, era el menos indicado para ello, pues no era de Zaragoza y había sido destinado allí con un cargo oficial, Abogado del Estado, conseguido en recientes oposiciones, circunstancias que los adversarios políticos sabrían utilizar sin piedad contra nosotros.

Todavía insistieron diciéndome que yo no era ciertamente un desconocido, sino que había alcanzado en Zaragoza ya gran notoriedad por haberme distinguido mucho en el ejercicio profesional, por haber dictado ya algunas conferencias y publicado artículos en el periódico católico de allí, que tenía por título "El Noticiero", al que subrayaban su carácter y con humor aragonés le llamaban "El Pulpitico". Pero como quiera que aquellos señores insistieran en su intento, quise dar por terminada nuestra conversación diciendo categóricamente que no estaba dispuesto a ser candidato para las elecciones ya convocadas, pero no obstante, si al terminar el plazo legal para la presentación de candidatos no había ninguno, lo que creo que hubiera sido vergonzoso para todos, yo entonces me sacrificaría y aceptaría. Las cosas, desgraciadamente, ocurrieron así y fui nombrado candidato y tuve que luchar para las elecciones de las Cortes Constituyentes, y en consecuencia pronunciar varios discursos, celebrar muchas conversaciones con electores, porque he de subrayar que entonces, en aquellos tiempos, los electores conocían a los diputados que elegían y se mantenían relaciones entre electores y diputados, cosa bien distinta a lo que hoy vemos todos los días. Fuimos derrotados. En cambio -esto era casi una atención para mí- me designaron candidato para las primeras Cortes ordinarias, en las que salí triunfante, y en el primer lugar de la candidatura, con votos de la "Unión de Derechas" de Zaragoza, que era una unión circunstancial de católicos, monárquicos y la gran masa que se llamaba gente de orden.

Parecida fue la posición que José Antonio tuvo en Cádiz, donde fue designado candidato para las Constituyentes, donde tampoco triunfó, pero sí en las primeras elecciones para las primeras Cortes ordinarias que se convocaron. Así otra vez nos encontramos juntos José Antonio y yo. En su primera intervención en el Parlamento, José Antonio habló, como siempre hacía, con gran rigor de pensamiento y de palabra siendo escuchado por todos con atención y curiosidad, salvo por el "gran Jefe del grupo católico, o de derechas" que, ante el singular efecto que causaban en la Cámara las maneras y las ideas rigurosas de José Antonio, lejos de los tópicos y discursazos corrientes, con impertinencia que encubría otro sentimiento, le dirigió a José Antonio estas palabras: "Ese es el tiempo que su Señoría necesita para desarrollar un nuevo ensayo".

Más tarde, en un debate que se planteó con motivo de la enseñanza en la Universidad y sus problemas a los que había que prestar gran atención, José Antonio intervino en el debate con gran fortuna, propia de su gran conocimiento de la Universidad y de su espíritu por encima de pequeñeces políticas, y alcanzó un éxito extraordinario, de tal manera que terminada su larga y ejemplar intervención, en los pasillos del Congreso, donde era corriente que se reunieran los diputados después de una actuación importante, recibió felicitaciones con frases del mayor elogio de diputados de distintos grupos políticos. (Y él, José Antonio, con humor sarcástico, y en privado me decía a mí y otros dos amigos que estaban allí, "si es que habría estado él tan mal para que tanto le felicitaran").

Entre muchos actos, episodios, que podría traer aquí para dibujar mejor la personalidad de José Antonio, su temple, su carácter, he recordado siempre impresionado éste: un día salía de Madrid para dirigirse a un pueblo relativamente próximo a la capital. Iba solo, con su pequeño automóvil, y al pasar por una plaza contigua a la carretera, dos o tres disparos alcanzaron, o pasaron muy próximos a él. Ante esta situación José Antonio se detuvo rápidamente, descendió del coche y se dirigió a la poca gente que allí había para tratar de saber lo que ocurría o se proponían. Algunas de las personas que allí estaban abandonaron la plaza y con los que allí quedaron y alguno más que ayudó, habló José Antonio tranquilamente para tratar de averiguar de qué se trataba, qué significaban aquellos tiros, y explicaron que no era gente de allí la que había disparado, sino que al parecer se trataba de dos o tres personas extrañas en el pueblo. Hablaron José Antonio y ellos del orden público en el país durante unos minutos, y José Antonio dándoles la mano se

despidió de ellos, volvió a subir a su cochecito y a seguir su camino.

La noticia de lo ocurrido se extendió rápidamente y llegó a Madrid (no sé si personalmente llevada por alguno de los que habían estado presentes o comunicada telefónicamente por alguna persona o periodista de Madrid). El hecho fue que aquel día había sesión de Cortes y normalmente las sesiones del Parlamento empezaban a las cinco por la tarde. Y allí, antes de que se abrieran las puertas del Parlamento, cerca de las grandes columnas, llegamos los dos y unos periodistas se acercaron ansiosos de precisar detalles en relación con el atentado que había sufrido José Antonio por la mañana, y se deshicieron en elogios y admiraciones subrayando que, prescindiendo lo que de su política quisiera opinarse, había que reconocer y decir que José Antonio era un hombre de un valor extraordinario. Al oír esto, José Antonio cortó las manifestaciones de aquellos diciendo: pues lo que yo hice no era tanto un acto de valor como de serenidad y de cálculo, pues pensé que el modo de salvar mi vida era el de no haber seguido marchando en el coche, incluso a más velocidad, porque lo normal era que hubieran seguido los disparos y me hubieran dejado muerto allí. Pero los periodistas, ante lo que era una noticia de interés público, insistieron hablando, elogiando su temple y su valentía, ante lo que José Antonio cortó su discurso diciéndoles de una vez que nada sería para él tan desagradable como que quisieran forjar su figura de valentón; pues quiero decirles de verdad que a mí en materia de valentía personal sólo me interesa tener y conservar la necesaria para andar por las calles con la frente levantada. (Cuando aumentaba el pequeño grupo que aquellos tres o cuatro periodistas y nosotros dos formábamos, se abrieron las puertas del Congreso y terminó aquella conversación).

Lo cuento como uno de los recuerdos reveladores de su carácter lo más opuesto a cualquier fanfarronada.

Siguiendo en esta línea del humor de José Antonio, recuerdo que un día, con motivo de la creación de las asociaciones de estudiantes en cada Facultad, y de la lucha entre estudiantes -lucha que se extendió también al profesorado-, pedimos al Decano de la Universidad un espacio para reunirnos y tratar de nuestros asuntos dentro del espíritu y de la unidad que nos ofrecía el Decreto de autonomía universitaria. Allí teníamos reuniones infinitas, donde se charlaba de todo, y donde se puso de manifiesto el gran sentido del humor que tenía José Antonio que, cuando llevábamos mucho tiempo discutiendo y razonando, a veces demasiado, cuando era la hora en que teníamos que terminar y salir a la calle para ir a

nuestras casas, José Antonio decía siempre: “Vámonos, vámonos, porque mis tías me estarán esperando”. Pronto ya no tenía que ser él quien hiciera estas manifestaciones porque cuando se acercaba la hora de comer era alguno de los estudiantes reunidos quien anticipándose a José Antonio decía: “Vámonos, vámonos José Antonio, porque tus tías te estarán esperando”. Y José Antonio con su gran sentido del humor comentó: “Verdaderamente que mis tías tienen una gran personalidad universitaria”.

Y en una ocasión, movidos por las mismas razones, cuando terminaban nuestras conversaciones salíamos a la calle para ir a nuestras respectivas casas. José Antonio y yo subíamos juntos la pequeña calle de San Bernardo hasta la Glorieta del mismo nombre, donde pasaba un tranvía, que quiero recordar que era el número 11 y hacía el recorrido de Argüelles-Retiro. Pues bien, como realmente era muy tarde, salíamos y José Antonio me decía: “Vamos corriendo Ramón, tomemos el caballo”. Y efectivamente, empezamos a correr marcando, él con exageración, el paso del galope del caballo y diciendo: “Vamos, vamos al galope”. En esta situación en la calle de San Bernardo, donde corríamos, al pasar muy próximos por delante de una pequeña iglesia que hay allí, Montserrat, nos cruzamos con dos señoras viejas, que sin duda iban a rezar y que asombradas ante nuestra actitud, considerándonos sin duda como chiflados, se detuvieron mirándonos fijamente, y José Antonio, con humor, dirigiéndose a ellas y llevándose la mano a la frente les dijo: “Señoras, de aquí nada, todo está bien, pero es que los dos nos estamos entrenando para emprender nuestra lucha contra la vejez”. Todo ello lo decía del modo más gracioso y divertido, con aquel sentido del humor que frente a problemas y actitudes enérgicas, que eran las habituales entonces, no le faltaba nunca.

Una democracia verdadera, serena, competente. Aquí está el punto difícil. El peligro está en que si no se mantiene un principio de orden, con honradez y con inteligencia, que la conserve dentro de los límites propios, se cae con frecuencia en la demagogia, y la demagogia es siempre la Tiranía. Se ha de mantener el principio con orden y responsabilidad, aunque en ocasiones ello no pueda ser del gusto de quienes la establezcan o administren sin pulcritud. Es inevitable recordar aquí lo que con tanto atractivo había escrito el insigne español don Salvador de Madariaga.

José Antonio siempre apreció toda la transcendencia filosófica y práctica que tiene la posesión de la verdad; sabía que era ruta difícil, pero la buscaba con esperanzas y con el dinamismo de su carácter,

sin desmayos ni acomodos, sin unilateralidades. Era un enamorado de la norma y propugnaba por la recta estimativa de nuestro gran polígrafo renacentista Luis Vives que concebía la verdadera sabiduría como el arte de "juzgar las cosas de modo incorruptible", estimándolas como son en realidad, pero no la verdad a medias o aproximada, sino entera y total, con todas sus aristas y asperezas, lo que antes que con nadie quería practicar consigo mismo y tenía a la vez la más noble generosidad en relación con los valores y conductas. De aquí derivaron sus cualidades de Jefe que le llevaban a jerarquizar con insobornable estimativa los rasgos espirituales y humanos de cada uno y pensaba que la mayor iniquidad era la de medirlo todo por el mismo rasero. Supo atraer a la juventud y entusiasmar de nuevo a las almas nobles que habían perdido su fe en nuestro destino. Como recuerda el verso de Ridruejo:

Armó las almas, sin albergue, frías,  
volvió sed a las aguas olvidadas.

Por ello fue adorado por cuantos tenían pereza e ilusión recobrada. Nuestra camaradería universitaria me dio ocasión de conocerle en un momento crucial de su vida cargado de interés, lleno de perspectivas e incitaciones que luego habrían de plasmar en la concreción de una de las personalidades de mayor fortaleza en nuestra vida pública. Compensaba su rigor, exigente con todos, que antes que con nadie practicaba consigo mismo, con la más noble generosidad en la estimación de los valores que consideraba buenos. No anidaron jamás en su alma ni el afán exclusivista ni el más pequeño malhumor envidioso por el mérito o el éxito ajeno. Por eso entusiasmo a muchas almas nobles que en el desengaño habían visto romperse su fe en nuestros destinos.

Poseía una significación esencialmente española como alentadora y propulsora de las gestas más gloriosas de nuestra Historia. No tengo tiempo para extenderme más, pero no querría terminar sin referirme especialmente al documento político más perfecto que salió de la pluma de José Antonio en los tristes días de la República, dirigido a los militares españoles.

Descendiente y hermano de soldado, sangre militar en sus venas y aliento militar en su alma, José Antonio se dirigió en ella al Ejército español en forma respetuosa y grave. Sabía que la forma literaria pura y cuidada es homenaje popular, y que el pueblo, con su congénita figura espiritual, repudia las formas de dicción toscas, chabacanas o serviles. En esa carta a los militares españoles usa un lenguaje directo y crudo, que es la forma más seria de la

lealtad y del respeto. Rechaza la lisonja y el halago que hubiera intentado usar cualquier burlador ocasional, y para desarrollar su pensamiento en aquel grave trance de la historia, emplea la palabra cortante, ceñida y ajustada, de magnífico sabor castrense. La forma es el espléndido atavío de un pensamiento magnífico, la proyección limpia de su clara mentalidad. La misma que utilizó en la despedida que hiciera a los miembros de la Falange encargados de propagar y resucitar por España la fe en la eternidad de sus destinos, en toda su predicación falangista -interpretación auténtica de la eterna metafísica de España- y en su muerte a los 33 años, sembrando entre nosotros incertidumbres llenas de febriles esperanzas, que le elevaron a la categoría de héroe de romancero con un nombre lleno de poesía.

La juventud española lloró angustiada su pérdida, pero desde el punto de vista del personal destino de José Antonio, su muerte temprana ofrece los claros indicios de la especial tutela y predilección que Dios dispensa a sus elegidos. Porque él con su grandeza, sus esperanzas, sus luchas, encontrándose entre nosotros en un ambiente demasiado denso de resentimientos y rencores, el clima frecuentado con lamentable exceso por ráfagas de vesanía o tontería, sufriendo la acción constante de gentes travaras y envidiosas, quizás se hubiera asfixiado. Porque nosotros mismos -como había dicho Ridruejo- con nuestros propios ojos hemos visto todavía en el centro del drama español cómo gentes mezquinas, cualesquiera que sean sus prácticas externas y la buena patente que les discerniera el convencionalismo social, sentían la ofensa de la grandeza de José Antonio al enfrentarla con su propia banalidad y endeblez, y ni siquiera se detuvieron ante el cuerpo muerto del héroe joven.

Por eso, al llevárselo Dios en el momento cenital de su grandeza quiso evitar que llegase un día en que, cansado de sufrir y hecha añicos su fe, se viera envuelto por la idea amarga de que desaparecer de la tierra es mejor que perdurar en ella sufriendo el acoso incesante de resentidos, incapaces y malvados. De ahí el vislumbre profético de la dura consigna que nos diera a todos: "Ser inasequibles al desaliento" (Palabras de un artículo mío publicado el 25 de septiembre de 1941).

Cuando Indalecio Prieto conoció los documentos dejados por José Antonio en la cárcel de Alicante, escribió impresionado: "Acaso en España no hemos confrontado con serenidad las respectivas ideologías para descubrir las coincidencias, quizá fundamentales, y medir las divergencias, probablemente secundarias, a fin de apreciar si éstas valían la pena de ser ventiladas en el campo de batalla".

Tal era la fuerza de los argumentos joseantonianos, su capacidad de atracción. La gran lumbrera de la izquierda española de aquella época reconoció, con sinceridad que le honra, en aquellos escritos algo que vertebraba desde el principio el pensamiento político del fundador de la Falange: la búsqueda de la regeneración de España, el fin del caos político, del caciquismo, de las oligarquías y de la injerencia religiosa, la incorporación paritaria de la mujer, el sindicalismo y la protección de los sectores menos favorecidos de la sociedad.

Y no solamente esas metas concretas en lo social y lo político sino el convencimiento de la necesidad

de entendimiento y cooperación de todos en momentos graves para la Patria, pues en aquellas lúcidas y sobrecogedoras cuartillas, José Antonio se ofrecía a mediar en el conflicto, a participar en un gobierno de salvación nacional y a ordenar a sus escuadras que no secundaran el levantamiento militar. La ceguera de unos cuantos, las antipatías de otros y el destino trágico que parece imponerse a tantos idealistas impidieron que sus deseos se hicieran realidad y tuviera que afrontar con la serenidad de quien lo ha aceptado desde el principio, y el coraje de su alma generosa, la realidad del martirio.

**ESTUDIO**  
**AGUIRRE CHUMBIMUNI**  
**ABOGADOS**

*Javier A. Aguirre Chumbimuni*  
*Juana Luz Moscoso Callo*

Especialistas en:

**Derecho Penal**

Estudio Aguirre Chumbimuni, Abogados

☒ Av. Carlos Villarán N° 351 2do. Piso. Urb. Santa Catalina. Lima 13

☎ (0051) 471-2982 y (0051) 472-6270 Facsimil: (0051) 471-2982